


REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Beltrán, Mónica: *La Franja, de la experiencia universitaria al desafío del poder*, Buenos Aires, Aguilar, 2013.

Elvio Monasterolo

IESH - Universidad Nacional de La Pampa

sujetoqueobservo@hotmail.com

Fecha de recepción: 24/04/2014

Fecha de aprobación: 30/04/2014

Mónica Beltrán acomete la tarea de bucear en la compleja trama que involucra a una de las agrupaciones universitarias de mayor duración en la historia del movimiento estudiantil argentino. Efectivamente, Franja Morada representó —representa— un espacio ineludible dentro de los últimos 40 años del espacio estudiantil universitario. Según la autora, se trataría de una formación “heredera” de una tradición política de fuerte presencia en la Argentina: aquella surgida con la generación de la histórica reforma universitaria de 1918 y sus predecesores. De lo cual deriva una afirmación de mayor generalidad, cuando sostiene que “...la historia de la Franja es la historia de la Universidad pública argentina”¹.

¹ Según palabras de la autora, a propósito del libro, en <http://www.pagina12.com.ar/diario/universidad/10-226114-2013-08-11.html>

Sustentado, fundamentalmente, en un conjunto de entrevistas a dirigentes universitarios — que posteriormente se consolidaron como dirigentes de distintos ámbitos nacionales— el trabajo de investigación se completa con referencias periodísticas y bibliográficas de la época. No es un libro que se rijan según las convenciones académicas y tampoco es una recopilación de testimonios; se ubica a mitad de camino entre la pluma periodística y la pesquisa histórica. En el plano editorial, es un libro destinado a un público amplio y masivo. A través de sus 450 páginas se pueden visualizar tres o cuatro núcleos de análisis centrales: los inicios fundacionales de la agrupación y su desarrollo en la década del setenta, la expansión en la etapa de la posdictadura y su rol como brazo universitario de la U.C.R., la consolidación como instancia de poder universitario en los años 90 y, en menor medida, los años transcurridos entre la crisis del 2001 y nuestro presente.

A su vez, el libro constituye —implícitamente— una reivindicación y defensa de los principios reformistas del 1918. Mejor dicho: una determinada mirada y defensa de la tradición reformista. La autora realiza una aproximación interpretativa donde coloca a la Franja Morada en los senderos de esa tradición amparándose en una experiencia que habría influido de forma directa en los pioneros de la agrupación a fines de los años 60. De esta manera, entrelaza la militancia universitaria y antiperonista de los años 40 y 50; la participación y el aporte de “cuadros” a las estructuras políticas desplegadas por la Revolución Libertadora y los debates en torno a la llamada “educación libre” bajo el frondicismo con los inicios fundacionales de la militancia franjista. Esta confluencia de tradiciones —reformismo, antiperonismo y defensa de la educación pública, laica y gratuita— habrían sido los moldes bajo los cuales se forjó una Franja Morada nutrida de militantes radicales pero también socialistas y anarquistas. Tuvieron que pasar algunos años para que la agrupación se decantara y homogeneizara como expresión radical hasta convertirse en el brazo universitario del partido centenario fundado por Leandro Alem.

El libro se inicia, de tal modo, dando cuenta de los orígenes franjistas en distintos puntos claves del activismo universitario —Rosario, La Plata y Córdoba— desde fines de los años sesenta. No obstante, a medida que avanza el estudio, termina centrándose en la dinámica política de la ciudad de Buenos Aires, especialmente la que tiene lugar en la Universidad de Buenos Aires (UBA); este desplazamiento termina por diluir algunos momentos claves de la historia franjista y oscurece la diversidad de trayectorias, en tiempo y espacio, que tal experiencia desplegó. En este senti-

do, la obra pierde densidad analítica e interpretativa al centrarse más en un conjunto de individualidades y en un sector interno —si bien mayoritario— de la Franja Morada, como lo fuera la Junta Coordinadora Nacional (JCN) —sector, por otra parte, cargado de tensiones y orientaciones que no siempre podían encontrar puntos de convergencia— en lugar de indagar en esa experiencia en todas sus variaciones y apuestas, deteniéndose con el mismo énfasis en las rupturas y disensiones, en los trayectos paralelos, tanto como en aquellos sectores que lograron mayor notoriedad pública, de modo de examinarla efectivamente como parte del movimiento estudiantil en tanto fenómeno político.

Podríamos decirlo de este modo: el libro ofrece una mirada complaciente y nostálgica de la historia de la Franja Morada y de las trayectorias de algunas de sus principales figuras, aquellas que al día de hoy forman parte de la dirigencia de la Unión Cívica Radical².

Quizás por ello el interés del libro radica no tanto en la reconstrucción historiográfica que propone sino en ciertos núcleos de su tesis, y no sólo porque construye una versión del pasado de la Franja Morada bastante cuestionable, sino porque, más en general, se sostiene —y avala— un determinado enfoque sobre el pasado reciente de la Argentina.

La autora arriesga una tesis, relevante en su perspectiva, respecto a la integridad con que la Franja Morada sorteó el dispositivo represivo desplegado por la última dictadura, cuando la mayoría de las agrupaciones estudiantiles sufrieron de manera furibunda la ofensiva dictatorial. Esa tesis sostiene que el carácter pacifista y el rechazo de la lucha armada permitió a la agrupación resguardarse frente a los ojos censuradores del poder militar. Habría sido, entonces, esa diferencia y su defensa del reformismo, los motivos que colocaron al franjismo a distancia de las opciones revolucionarias y de la lucha armada, lo que les habría permitido sortear la instancia represiva y emerger en los años 80 de forma más o menos íntegra, siendo la piedra angular que, junto al apoyo a la figura de Raúl Alfonsín —acierto político clave en sus apuestas políticas— los catapultó al liderato de los movimientos universitarios de la transición democrática.

2 La mayoría de esas figuras permaneció en las filas del radicalismo desde el gobierno de Raúl Alfonsín en 1983, integró distintos y destacados espacios y funciones en los últimos 30 años, ya sea en actividades ejecutivas como en los ámbitos legislativos, nacionales y provinciales. Fueron partícipes de la coalición denominada *Alianza* que gobernó el país entre 1999 y 2001, y que debió interrumpir su mandato en medio de la mayor crisis social desde el regreso a la democracia. En los 740 días del gobierno aliancista se acumularon más de 20 muertos, la mayoría de ellos producto de la salvaje represión —estado de sitio incluido— desatada en repuesta a las protestas callejeras.

Esta interpretación, sin embargo, deja de lado algunos aspectos de relevancia que es preciso discutir. Por un lado, cuando se produce el golpe de Estado de 1976, la Franja Morada ya se encontraba en un proceso de afianzamiento interno a partir de una serie de discusiones políticas, ideológicas y metodológicas. Desde inicios de los años 70, la agrupación fue desprendiéndose en sucesivas rupturas de sus componentes socialistas y anarquistas constitutivos de la etapa fundacional, a la vez que su principal alianza era con el MNR (Movimiento Nacional Reformista, ligado al Partido Socialista Popular) y, en menor medida, con el MOR (Movimiento de Orientación Reformista, vinculado al Partido Comunista). Por lo demás, el proceso de reconfiguración de las formaciones estudiantiles no era ajeno a la Franja. Expresión de ello es que en el año 1970 se parte la Federación Universitaria Argentina (FUA) en dos federaciones (FUA La Plata y FUA Córdoba, donde se nucleaba la Franja). Muchos de los antiguos militantes franjistas habían saltado hacia posiciones y agrupamientos de aspiraciones revolucionarias, algunas de las cuales adherían a las propuestas de la lucha armada. En resumen, 1976 encuentra a la Franja ya afianzada como brazo del radicalismo (desde el '73) y con sus integrantes maniobrando dentro del partido en torno a la interna Balbín-Alfonsín, en alianza con este último. Su política estudiantil se movía entre los márgenes que imponía la política partidaria de la UCR, que, como es sabido, sorteó la persecución dictatorial al calor de la política pactista que lideraba Ricardo Balbín.

Por otra parte, una fracción interna de los años 70, la llamada Juventud Radical Revolucionaria (JRR) es rápidamente desestimada del análisis lineal y progresivo que propone la autora, por cuanto se trata de un sector cuya trayectoria difiere de aquella que recorre la Franja Morada ligada a la Junta Coordinadora Nacional (FM-JCN). Ese proyecto, el de la JRR, construyó fuertescimientos en distintas facultades de la Capital Federal, dirigió centros de estudiantes y le trajo varios dolores de cabeza en la disputa interna a la línea FM-JCN, no solo porque atravesaba la interna Balbín-Alfonsín, sino porque desplegó una característica clave: no era antiperonista, su capacidad de vinculación estratégica con otros sectores del movimiento estudiantil y juvenil fue más amplia y divergente de la que propiciaba la FM-JCN. La JRR creció en alianza con la Juventud Universitaria Peronista (JUP) pero no adhirió a la lucha armada. Sus consignas no se alejaban de las de sus correligionarios oponentes internos. Sin embargo, el proyecto de la JRR fue un destinatario importante del dispositivo represivo.

La tesis sobre el rol de la política franquista que postula la autora supone unas coordenadas de análisis atravesadas por una mirada dual de la época: “Pese al tumulto de la época y la idea naturalizada entre los militantes de la reivindicación de la lucha armada, los radicales resistían hablando de paz, en medio de atentados guerrilleros y de consignas cargadas de muerte” (p.137). Dejemos de lado su retórica, totalmente adscripta a cierta mirada propia de los tiempos actuales que además troca en una suerte de discurso “pacifista” lo que era un lenguaje antimperialista de la militancia de la Coordinadora de aquellos años³. El dualismo que propone Beltrán a la hora de mirar la experiencia estudiantil setentista supone una uniformización política de las variadas expresiones que en esos años cuestionaron los modelos de universidad y el carácter del tejido social. Ya vimos el caso de la JRR y aún de la propia JCN de aquellos años. Pero además muchas agrupaciones y estudiantes sin filiación directa simpatizaban y militaban por diversas formas de vinculación entre la universidad y los sectores sociales en lucha (trabajadores, movimientos barriales, culturales, etc.). La opción armada, si bien más visible y con arraigo en importantes franjas del activismo estudiantil, no necesariamente era la única alternativa. La esfera universitaria no fue exógena a los variados ámbitos sociales que expresaron luchas y disputas sin recurrir a la violencia armada, es más, diríamos, en no pocos casos en oposición a la lucha armada.

Por otra parte, los destinatarios del dispositivo represivo desplegado desde 1976 no fueron (solo) las organizaciones armadas, sino aquellos/as cuerpos y subjetividades que implicaban una amenaza para el orden occidental, cristiano y capitalista que sus perpetradores objetivaban como deseable y necesario. De modo que la hipótesis de Beltrán —la negativa a optar por la violencia re-

3 En la década del 70, dos documentos de lectura obligatoria moldearon la formación de los militantes de la JCN: “La realidad nacional. Síntesis histórica interpretativa” y “La contradicción fundamental”, este último de inspiración maoísta. Allí, sostiene Beltrán, se definía claramente la caracterización política de la Argentina y los bandos que dirimían la lucha (pp. 106-107). Véase el contraste entre la retórica con que la autora nos presenta al franquismo setentista y lo que los propios activistas escribían en 1973 y cómo discutían en relación a las opciones por la lucha armada: “Este documento es el fruto de un profundo análisis interpretativo que se fue gestando y decantando poco a poco, paralelamente a una dura militancia de lucha revolucionaria contra la dictadura militar y el sistema oligárquico-imperialista y junto a todos los sectores populares. Es pues la síntesis de una ideología y de una práctica política, conformada la primera por una interpretación materialista histórica de la vida nacional, y dialéctica de la sociedad Argentina; y la segunda realizada en un profundo compromiso con la lucha popular que modeló un realismo político determinante de nuestra actitud revolucionaria militante, que se diferencia con nitidez y descarta todas las variantes infantiles, aventuristas u oportunistas”, Junta Coordinadora Nacional de la Juventud Radical, “La Realidad Nacional. La Contradicción Fundamental. Documento básico de formación interna”, Cuaderno N° 2, La Plata, 1973. El subrayado me pertenece.

volucionaria— no alcanza para explicar que el franquismo de la Coordinadora eludiera lo más duro de la represión dictatorial⁴.

Coincidimos con la autora en que la Franja Morada emergió de la dictadura más o menos íntegra y se convirtió en un actor clave en la transición de la posdictadura. En esos años, la Franja creció de forma exponencial, pese a la decisión de sus máximos dirigentes de disolver el principal playón de operaciones: la Junta Coordinadora Nacional. ¿La razón? Sus principales dirigentes se abocan de lleno al proyecto alfonsinista. Una nueva generación de activistas y militantes se abrió espacio en el ámbito universitario. La Franja Morada, pese a las disputas internas, siguió cobijando a expresiones variopintas. Según la autora:

En 1986 la Franja empezó a sentir los primeros coletazos de ser oficialismo y se dividió en Córdoba: el 5 de julio fracasó el Consejo Nacional de Centros de Estudiantes convocado por la FUA y los sectores afines al changuicacerista De Manuele se enfrentaron con los de Franja Morada Regional Córdoba, que criticaba por izquierda al gobierno de Alfonsín. Poco después se selló la fractura de la Franja y los cordobeses pasaron a liderar la denominada Corriente Nacional de Liberación (CNL) (p.246).

Y he aquí algunos detalles y matices necesarios de examinar, dado que en la mirada de la autora se condensan una serie de sentidos sobre el movimiento estudiantil universitario, a la vez que se construye un relato histórico del pasado reciente en Argentina. Lo que está en juego, en el caso de la agrupación, son distintas lecturas y derroteros que dejan al descubierto la ilusión de una monolítica Franja Morada liderando al movimiento estudiantil de los años ochenta, pero también las aspiraciones y contradicciones de un heterogéneo activismo universitario. En definitiva, una forma de entender un pasado que, lejos de ser fijo e inmutable, es un campo de disputa que se (re)significa a cada presente.

Mientras que el libro presenta la fractura mencionada como *una más* en el largo derrotero franquista, es posible otra mirada del *acontecimiento*. La ruptura de la agrupación, consumada un año más tarde, luego de la sanción de la Ley de Punto Final (diciembre de 1986) expresó la divergencia de metodologías, prácticas y proyectos políticos y sociales al interior de la Franja. Es decir, puso en juego distintas formas de proyectar militancias, sujetos, subjetividades. La Corriente de Libera-

4 En todo caso, el análisis se desplaza: si la dictadura había tolerado ciertas formaciones democráticas, toda la discusión se traslada a los significados en pugna de la misma “democracia”, pues también eran militantes de la democracia de base centenares de dirigentes obreros que fueron blanco privilegiado del terrorismo estatal.

ción Nacional (CLN), que no eran solo los cordobeses sino que incluyó a importantes contingentes militantes de San Juan, San Luis, La Pampa, de algunas sedes de la UTN, y sectores minoritarios pero activos en Rosario y Buenos Aires, fue un desprendimiento importante que “divergía” con el camino adoptado por el alfonsinismo (política económica, universitaria, de DD.HH., etc.) y los sectores que privilegiaban “la gobernabilidad” y el *siraulismo*. Las alianzas de la CNL —que en su conformación, a principios de 1987 en Buenos Aires, integró a un importante conjunto de militantes estudiantiles independientes— eran los sectores que (aún) levantaban las banderas de la Liberación Nacional y Social, y que sustentaban y/o pretendían desplegarse a través de una coherencia entre discurso y práctica⁵.

Por esos años, las expectativas iniciales del movimiento estudiantil en la transición democrática comenzaron a resquebrajarse al calor de las decisiones gubernamentales y las políticas moderadas de las gestiones universitarias, especialmente en cuanto a presupuesto, acceso irrestricto y planta docente (muchas cátedras fueron (re)concuradas pero también muchos docentes “concurados” por el gobierno dictatorial no fueron objetados). Al interior del activismo, muchas expresiones del movimiento estudiantil pretendieron sustentarse en prácticas democráticas de base y emancipadoras pero tendieron a quedar aprisionadas en el *corset* que la política alfonsinista impuso. Muchas de esas formaciones políticas fueron irregulares en cuanto a su permanencia y capacidad de consolidación; no así sus militantes, que reaparecieron en los siguientes años formando espacios en las llamadas agrupaciones independientes, de izquierda y de base que atravesaron los años 90.

De algo no queda duda, La Franja Morada heredera de la Coordinadora —bastión del alfonsinismo y de las gestiones universitarias— avanzó en el sentido contrario: burocratización, verticalismo personalista y fuerte control de las instancias de poder (federaciones, instancias de cogobierno, centros de estudiantes, etc.).

5 La importancia de la fractura que causara la formación de la CNL puede medirse, en una primera mirada, por el desafío que le propuso en términos de movilización de los estudiantes en la lucha por el presupuesto universitario, en alianza con las agrupaciones de la izquierda universitaria, y en la disputa del mismo congreso de renovación de autoridades de la FUA en Santa Fe, en 1987.

“Otra vez a resistir, ahora en la Universidad”. Así se inicia el capítulo 9 del libro, que intenta dar cuenta —con poca efectividad— de una Franja Morada como trinchera universitaria en la lucha contra el menemismo. Definitivamente el libro queda centrado en las disputas internas por el poder político y restringido, mayoritariamente, a la Universidad de Buenos Aires. “Con sus principales cuadros ya avanzados en las carreras universitarias, poco a poco la Franja empezó a liderar no solo el estudiantado sino también la construcción de un frente de oposición al menemismo” (p. 289). Los vaivenes, rencillas y aspiraciones de sus dirigentes son el foco de análisis.

Nuevamente, la autora privilegia como una suerte de tradición “heroica” y deja de lado aspectos centrales de la experiencia de los militantes radicales en la Universidad de los noventa. Si algo se advierte en esos años es el deslizamiento de la política franjista hacia la administración del consenso, en un sostenido y firme movimiento que la ubicó como gendarme del shuberoffismo en la UBA y de las conducciones oficialistas en las distintas universidades del país. Esa complicidad encontró sobradas razones en el manejo de instancias de poder que el control de las instituciones brindaba, amén de los apetitosos negocios financieros que el espacio universitario brindó —y brinda— para su explotación (centros de fotocopiados, buffet, venta de insumos, etc.).

Así, la política estudiantil de la Franja Morada en los años 90 pasó a ser una administración del consenso, en el sentido de defensa del *statu quo* y de las relaciones de poder establecidas. La política estudiantil dejó de ser contestataria, disruptiva, inclusiva de lo no-incluido. Entonces, en plena época neoliberal —negadora de la política como instancia social de transformación— no es raro que la potencia del movimiento estudiantil se deslizara hacia aquellos márgenes por donde es posible el cuestionamiento a la estructuras de poder. La pretensión de *frente de oposición al menemismo* se tornó meramente declamativa —y es significativo que la autora la coloque como clave de lectura, teniendo en cuenta, por ejemplo, el rol de conspicuos dirigentes provenientes de este sector del radicalismo en un gobierno como el de la Alianza que prolongó la política del menemato— y solo es inteligible en el marco de las luchas intestinas de las dirigencias políticas gobernantes.

En esos años, donde la credibilidad de los partidos políticos hegemónicos y sus referencias estudiantiles (asociadas) experimentaron una crisis de representación, la política encontró nuevos sentidos en las llamadas “agrupaciones independientes”, cuyos soportes descansaban sobre pilares diferentes a los franjistas: crítica al verticalismo y tendencia hacia el horizontalismo y la autogestión, expansión y conexión territorial con otros sectores marginados del consenso y, quizás lo más disruptivo, la resignificación instrumental de la política, es decir, no como medio para alcanzar objetivos distantes sino como espacio a experimentar, allí donde se construyen caminos y objetivos en simultáneo⁶.

No obstante, es justo afirmar que esas prácticas fueron marginales en la primera mitad de los años 90 y solo cobraron magnitud con la crisis social y política más amplia desatada a fines del 2001. Allí, y por algunos años, esos microespacios de acción política se multiplicaron, de forma molecular, en distintos ámbitos e instancias del tejido social, entre ellos el universitario.

En ese laboratorio más vasto que fueron los tiempos posteriores a diciembre de 2001, la Universidad argentina se tiñó de una frescura olvidada, de una experiencia creativa que conmovió a los núcleos del poder, más allá de si efectivamente pudo o no desplazarlos.

Lo que allí se expresó fue una experiencia sedimentada y extraviada en los distintos estratos del tiempo y la memoria, y que aflora en momentos donde los sujetos logran des-serializarse, y rompen la linealidad del tiempo, sus horarios y rutinas de experiencia cotidiana. Y he aquí un problema de otra naturaleza: el concepto de identidad universitaria —al interior del movimiento estudiantil— empieza a perder operatividad, porque aquellos elementos que reforzaban la instancia identitaria tienden a disolverse, en cuanto se amalgama en un colectivo de sujetos que instituyen nuevas formas políticas, y que no pueden ser nombrados bajo formas identitarias. Allí donde transcurre *ese* momento político se produce una nueva subjetivación que rompe los moldes identitarios —estudiante, desocupado, trabajador— dando lugar a la acción política de un sujeto *verda-*

6 El abanico de “agrupaciones independientes” fue muy amplio y heterogéneo. Efectivamente encontramos agrupamientos que irrumpen en la escena política con las características mencionadas, pero también existieron aquellas que bajo esos paraguas retóricos no dejaron de ser expresiones burocratizadas y verticalistas de los viejos grupos de izquierda universitaria.

deramente político. Y es el momento en el que, en muchos de los más agitados centros estudiantiles, la Franja Morada debe abandonar su nombre, y ocultar su práctica y sus modos administrativos tras nuevas designaciones, pues más que una oposición al menemismo habían representado una de sus múltiples facetas.